

# La personalidad del sabio fundador de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y orígenes de esta

---

Trabajo leído por el Académico nume-  
rario Don Daniel Aguilera Camacho, en  
la apertura del curso académico 1946-47.

**Proemio.** En una sesión de la pasada primavera el señor Director me honró al designarme para que fuese quien inaugurara el presente curso, dejando a mi voluntad la elección del tema de esta conferencia.

Luego, en sesión posterior, un académico de los que tienen a este centro secular predilecta afición, nos trajo y leyó un artículo de cierto periódico madrileño, en el que se hablaba de nuestra Real Academia, se citaba como hijo de Córdoba al «culterano» Manuel de Góngora, que no es lo uno ni lo otro. Esta cita debió ser un *lapsus calami* del periodista, que confundió el nombre del escritor actual con el del renombrado poeta, que por eufonía tal vez antepuso el apellido materno al de Argote, que fué su progenitor. En ese artículo se acusaba a quien fundó esta Academia de pertenecer a políticas o sectas, asunto discutible e inexacto.

Aquella lectura me decidió a escoger el tema que había de desenvolver hoy, el cual será: La personalidad del sabio fundador y orígenes de esta Academia. Personalidad, cuyas dotes dignas de elogio procuraré exponer sin por ello silenciar sus lunares o defectos.

Para explanarlo debo antes, supuesta la venia de las dignas autoridades, académicos y demás personas que constituyen este selecto auditorio dedicar unas plumadas a la época a que he de referirme: postrimerías del siglo XVIII y alborear del XIX en España. En esas plumadas apuntaré algo de las andanzas de los enemigos del espíritu español, sin parar mientes en los que vivieron de nuestra tradición, sosteniendo su credo religioso, patriótico y político, contra el jansenismo de los primeros, la enciclopedia de los sedicentes sabios y el sectarismo de todos.

Voltaire escribía después: «Aranda comenzó a cortar la cabeza de la hidra de la Inquisición. Justo era que un español librara la tierra de ese monstruo, ya que otro español (Santo Domingo) le había hecho nacer».

Mas Voltaire, de quien aun en nuestros días perdura la influencia ¿qué hizo sino calumniar sin pudor a sus adversarios y amigos, mentir sin cesar y a sabiendas? ¿Qué cosa humana o divina hubo que no manchase con su aliento?, pregunta después de ésto el sabio autor de los *Heterodoxos Españoles* y añade: «Voltaire nada vale en la historia sino por su diabólico poder de demolición y por la maravillosa gracia de su estilo».

Pero Voltaire quería el desprestigio de España y por eso tronaba contra instituciones como la Inquisición, tan maltratada por plumas sectarias francesas y en folletines españoles de tres cuartos la entrega y defendida por historiadores documentados y por la verdad que ha demostrado el bien que hizo y los males que evitó, sufridos en su época por otros países.

Semillas de irreligión y antipatria por aquellos hombres lanzadas germinaron en su día el librepensamiento y el republicanismo, que no es el de las repúblicas del Ecuador y Colombia, v. g., sino más bien parece secuela del marxismo de Stalin.

No olvidemos aquí entre los sembradores a Diderot, contentémosnos con citarle al decir que fué un periodista de ingenio vivo, de gran rapidez y comprensión, del que viven el nombre y la triste influencia que dió en sus obras. Su famosa enciclopedia hace tiempo que, como hoy, nadie consulta.

Para terminar este proemio vamos a recordar un hecho. Cuando la beatificación del obispo Palafox y Mendoza, fueron los anticatólicos volterianos y enciclopedistas los que más vociferaron y más empeño ponían en que la canonización se hiciera. Sería extraño y absurdo este deseo, de no saber que Palafox había tenido con los jesuitas reñidas cuestiones sobre exenciones y diezmos, siendo obispo de la Puebla de los Angeles. Odiaban el catolicismo en sus doctrinas, pero su odio era mayor para los defensores de esas doctrinas.

Contra estos hombres de la irreligión y de la antipatria había a más del conjunto de los eclesiásticos seculares y religiosos de todas las órdenes, seglares como el jurisconsulto Forner enemigo jurado suyo, el catalán Capmany y el gran Jovellanos, por citar solo a tres del siglo XIX, y estos dijeron de los enciclopedistas que «eran osados sacrílegos, indignos de encontrar asilo en la tierra».

Véase como la influencia francesa, aunque repudiada por los buenos y talentosos españoles, era reconocida por enciclopedistas como Quintana, que decía «comíamos, bailábamos y pensábamos a la francesa»; el coplero Villarroel escribió:

Hasta la misma herejía  
si es de París era acepta;

y el cardenal Inguanzo, escribía en 1813, «en tiempos de Carlos III se plantó el árbol, en el de Carlos IV echó ramas y frutos y nosotros los cogimos; no hay un solo español que pueda decir que son verdaderamente dulces

Ha pasado más de un siglo y aquél árbol ha seguido dando frutos de perdición para España, sobre la que proyecta su sombra nada envidiable.

**El Fundador.** Este ambiente existía cuando nació en Osuna, D. Manuel M.<sup>a</sup> de Arjona y de Cubas, el 12 de ~~Mayo~~ <sup>Junio</sup> de 1771.

En su edad primera no pudo sospecharse lo que más adelante sería, pues llegó a los 11 años sin saber los rudimentos de las primeras letras.

Estudió en la Universidad de su pueblo natal, que había fundado y dotó con munificencia el conde de Ureña en 1549, dedicándola a la Inmaculada en memoria de su madre. Esta Universidad se suprimió en 1820.

Fué luego colegial de Santa María de Jesús en la Universidad de Sevilla y en su colegio mayor alcanzó el puesto de Rector.

Muy aficionado al cultivo de las letras amenas, lo era mucho más a los estudios graves, que requieren meditaciones e investigaciones prolijas. No le arredraba la fatigosa exploración de archivos y bibliotecas.

De su amor a la enseñanza es prueba elocuente lo que escribió años después el tristemente célebre José Blanco (White), hijo de católicos padres irlandeses, un día sacerdote prebendado y otro apóstata que muere en la secta anglicana. «A quien más debí, decía Blanco, en punto a *bellas letras* de que solo el nombre se conocía en Sevilla, fué a D. Manuel M.<sup>a</sup> de Arjona, que murió no ha mucho. Este hombre cuyos talentos eran de los más distinguidos, que ha tenido España, tomó la beca en el colegio mayor de maese Rodrigo de Sevilla, al tiempo que yo empezaba a estudiar Teología. La amistad que entablamos entonces, él como mi maestro y yo como uno de los tres o cuatro jóvenes que por afición y sin obligación alguna instruía casi diariamente, fué de las más íntimas y sinceras que he disfrutado en

el mundo. Arjona fué quien desarrolló mis facultades intelectuales y en su compañía se fortalecieron».

«Quien dió mayor lustre a la escuela sevillana fué la pléyade poética, esto es, la reunión de siete poetas, que aunque con diverso númen y fortuna y a manera de la famosa pléyade británica de los Lakistas, cautivó luego la atención general».

Eran estos Arjona, Blanco, Lista, Reinoso, Castro, Núñez y Rol-dán. Los cuatro primeros resaltaban notablemente y de ellos Arjona y Lista eran poetas espontáneos, en quienes la naturaleza y el arte se mostraban unidos, ayudándose mutuamente en igual proporción. Blanco y Reinoso eran poetas de estudio más que de inspiración y el arte sobrepujaba a la naturaleza.

Arjona era el de estro más fácil, dotado de verdadero sentido poético, solo dañado por los convencionalismos de escuela a los que estaba sometido. Escribía mejor cuando se expresaba en estilo liso y llano, que cuando la pluma era artificial y académica, tan en boga entonces y comprimida en los versos por la balumba mitológica.

De ésta son prueba las 10 palabras en la oda a la Inmaculada, 22 en la dedicada a la muerte de Carlos III, en un «idilio» para la renovación de una Academia de Letras Humanas en 1793 emplea 18, en un epitalamio a una señora ilustre y poco acaudalada 10, en «a la decadencia de la gloria de Sevilla» 17, a la virtud 18, a la memoria 9, y en la oda al agua utiliza 6.

Tal fué nuestro fundador que, entre sus compañeros de la Academia Sevillana fué quien mas veces acertó con el clasicismo puro y quien menos llegó a amanerarse en el estilo, gracias a su larga residencia en Italia.

Pocos hombres tienen más títulos que Arjona para figurar en la historia de la literatura de su país y de sus títulos de académico, sacerdote, poeta sagrado, horaciano, y de otras clases, orador, humanista, historiador... quiero ocuparme como de otros caracteres suyos, pasando por alto los personales porque no hace al caso decir que era de buena estatura, vista retorcida, descuidado y negligente en orden al porte y aseo propios, trato llano y afable, jovial, a veces picante y satírico y conversación amena e instructiva.

Pero antes he de hablar de la Academia para después mencionar algo de lo mucho que le debe esta casa a la que se consagró por entero desde que pensó en fundarla hasta que después de diez años logró obtener para ella la real aprobación.

**Academia.** Academia es una escuela especial semejante a la

Universidad, en la que se aprenden determinadas disciplinas o es una sociedad de personas eruditas y doctas. Cualquiera que sea su definición, no nos explica ni su etimología ni su origen.

Etimológicamente debemos acudir al griego, atendiendo al precepto de Horacio y así sabremos que Academia procede de *Academos*, heleno dueño de un jardín, en los arrabales de Atenas. Aquel sitio ameno ha pasado a la posteridad no por su belleza, ni porque en él se escondieran Elena y Teseo, ni el recuerdo de éstos hubiera vivido miles de años sino a través de Homero, como pervive el nombre de esa tierra junto con el del excelso filósofo discípulo de Sócrates y maestro a su vez de Aristóteles.

En aquel jardín consagrado a las musas, donde crecían doce olivos sagrados, acudían los discípulos de Platón para escuchar a este sus diálogos, sus pláticas, sus doctrinas, que las delicias del lugar brindaban a explicar mejor. La estética, la ideología, la psicología, tenían allí para el alma de poeta y observador de Platón más ancho campo. Por eso, cuando andando el tiempo, necesitó otro gimnasio adquirió en las cercanías de éste un paraje parecido y le dió el mismo nombre de Academia. En él se edificó un templo pequeño que adornaron las Tres Gracias, que muy bien pudieran recordar las tres almas de la tricotomía platónica, como recordó al fundador su busto instalado en medio del jardín.

Este es el origen de la palabra Academia, que luego resucitaron en Roma Ciceron y Adriano y nos trajeron a Córdoba los árabes en tiempos del califato.

Antes de hablar de nuestra secular Academia debemos citar siquiera a la que por ser madre de todas en nuestra Patria se la llama por antonomasia la Española. Fundóla el Marqués de Villena, el año 1713, y queremos aquí dejar transcritos los nombres de sus primeros académicos para repetir una vez más a los sabios de periódicos, que no son retrógrados, como ellos los llaman, no son ignorantes, como califican a los que pertenecen a cierta clase benemérita.

Gabriel Alvarez de Toledo, poeta católico; Andrés González de Barcia, abogado; Juan Ferreras, cura de San Andrés; Fray Juan Intiran de Ayala, de la orden de la Merced; Bartolomé de Alcázar, S. J.; José Cassani, S. J.; Marqués de San Juan; Marqués de MartelNuevo, luego duque de Montellano; Antonio Dongo Barnuevo, corregidor de Villanueva de la Jara y de Hiniesta, y Vicente Squarzafigo Centurion y Arriola. Esta Academia ha sido presidida por D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, y ha sido miembro suyo D. Juan Valera,

ambos insignes literatos y meritísimos cordobeses, que honraron con sus nombres las listas de nuestra casa.

Aunque no hemos de citar las múltiples academias españolas y mucho menos las extranjeras, no podemos olvidar la de los Arcades, que tanto influyó en nosotros. Se constituyó en Roma por Crescembini, pero antes lo estuvo en el Palacio Corsini de la Ciudad Eterna, fundada por Cristina de Suecia, siglo XVII. Fué la más famosa de Italia por mérito y desprecio, en expresión de César Cantú. Los árcades se designan con nombres más o menos griegos y se daban por alistados entre los pastores de la Arcadia prelados, cardenales y hasta pontífices. Esta moda la adoptaron los poetas españoles de este tiempo y Jovellanos se llamó Jovino, Forner Fornesio, Blanco Albino y así todos. El último árcade que conocimos en Córdoba fué otro sabio penitenciario y además santo: D. Manuel Jerez y Caballero, rector del Seminario de San Pelagio.

**Como nació nuestra Academia.** Hora es ya de que digamos algo de nuestra Academia, que si nació el 1810 hay que buscar sus progenitores en 1779, en que el presbítero D. Gregorio Pavía paseaba con D. Bartolomé Basabru, D. Blas Antonio Cabezas y D. Diego Bonrostro Carrasquilla, cuando encontraron unos muchachos vagabundos que mendigaban. Vieron en esto un mal que precisaba remedio y proyectaron una sociedad, a la que se unieron diez cordobeses más, entre los que estaban los marqueses de Guadalcazar y de la Vega de Armijo.

Esta sociedad pensó en resurgir los 1.800 telares que de terciopelo, raso y algodón hubo un siglo antes y que se habían reducido a 5, pero este sueño no era posible y se trocó por otra idea: la de fundar un colegio para 17 niños.

Dos años después asistían las autoridades civiles y eclesiásticas a la apertura de un colegio de educandas, que con sus limosnas mantuvieron los socios y pusieron bajo la advocación de la Inmaculada. El Rey concedió 15.000 reales del pío benefical de esta diócesis y un año después el Comisario general de Cruzada 80.000 reales del fondo de espolios para establecer una fábrica de lienzos, pero los gastos que ocasionaba el colegio consumían los ingresos de la fábrica. En Junio de 1806 aprobó el Consejo de Castilla las Constituciones de la Sociedad Patriótica. En 21 de Agosto de 1810, se admiten nuevos socios, se efectúa elección de cargos y se establecen siete secciones. La enseñanza que se limitaba a Teología se aumentó a Matemáticas, Nobles Artes, Historia, Química, Legislación Universal, Economía

Política y Agricultura. Para esto y las Matemáticas ofrecen sus buenos oficios las cátedras del Colegio de la Asunción.

De la de Historia se encargó D. Manuel M.<sup>a</sup> de Arjona, director que era de un grupo y la desempeñó desde el 5 de Noviembre, hasta que se cree más necesario dar impulso a la Economía Política y la sociedad trasladada al señor Arjona a esta cátedra.

La Sociedad Patriótica, en 16 de Octubre distribuyó sus miembros en secciones, una de las cuales se tenía por la primera en dignidad, y era la literaria, en la cual se agrupaban religión y moral, política, ciencias naturales y exactas, pero los conocimientos pertenecientes a las bellas letras no estaban comprendidos en estos grupos. Por ello D. Manuel M.<sup>a</sup> de Arjona presentó en la sesión del 23 de Octubre unas constituciones para formar una Academia de Bellas Letras, íntimamente unida a la Sociedad Patriótica, aunque constituyendo cuerpo distinto. La Patriótica después de la fundación de la Academia continuó tratando a ésta como filial suya. Más adelante se la llama Económica de Amigos del País. El 1841 así se la conocía. La Academia asume su personalidad el 1866 y después en otra acta dice que fraterniza con la Sociedad. Desde luego ha funcionado la que en un principio fué Patriótica, como Económica de Amigos del País, y de esas sociedades dijo Menéndez y Pelayo que en más de una ocasión fueron excelentes conductores de la electricidad filosófica y revolucionaria, viniendo a servir de pantalla hasta convertirse andando el tiempo en verdaderas logias».

No todas las Sociedades fueron dignas de censura tal, ni mucho menos todos sus miembros. No sabemos que la de Córdoba incurriera en esa falta. La hemos visto al comenzar este siglo arrastrar una vida lánguida de la que solo fueron datos visibles los juegos florales y el nombramiento de diputados provinciales al fin de la Dictadura. Al implantarse la República desapareció.

La Academia se erigió el día 11 de Noviembre de 1810, en cuya fecha fué elegido Presidente el Sr. Arjona.

**El amor de Arjona a las Academias.** Cuales eran los méritos del Sr. Arjona, además de los demostrados en la Sociedad para esta elección?

Allá en sus años mozos cuando estudiaba en la Universidad Osunense, el claustro partidario de las ciencias no era muy dado a los estudios literarios y fundó Arjona su primera Academia. La apellidó Silé y celebraba sus sesiones en la hacienda «El Ciprés», a una legua de Osuna, propiedad del tío de un prebendado de aquella colegiata.

Pasó a Sevilla a continuar sus estudios y en el 1789 para excitar a la Sevillana de Buenas Letras creada en 1751 y que entonces se hallaba en inacción, formó en la Biblioteca de San Acacio una academia de poesía, de la que dice White «dió motivo de diversión y buria a la ciudad entera y atrajo bandadas de estudiantes, que con silbos y alborotos impedían la lectura y aún seguían a los académicos por las calles con insultos».

Arjona y Matute establecen después la Academia Horaciana, efímero ensayo de una Asociación literaria, que pusiese coto en Sevilla a los delirios del mal gusto. Este laudable intento frustrado en mano de aquellos dos mozos sin autoridad y sin influencia tomó poco después vida y consistencia en la creación de la Academia de Letras Humanas que subsistió desde 1791 a 1801. Se debió a Arjona siendo su secretario Reinoso.

Ferner, vivista decidido, sabio jurisconsulto y buen poeta, que contaba con amigos tan buenos y perseverantes como Fernández Navarrete, Arroyal, Campomanes, Estala, Iglesias y otros, evitó con su protección franca, tropiezos y amarguras que proporcionó la envidia a la Academia. El talento, saber, entusiasmo y constancia de Arjona le hicieron triunfar de todos los obstáculos y llegó a constituir la moderna escuela poética sevillana. Estuvo esta Academia en las casas de D. Francisco Toledano y D. José M.<sup>a</sup> Blanco (White) y Félix José Reinoso. La Academia escogió por Patrono a San Juan Crisóstomo y ese día se hacía fiesta en su honor. De esta Academia escribió Menéndez y Pelayo «Unos cuantos estudiantes alentados y de esperanza habían tenido la osadía de sobreponerse a la cenagosa corriente del mal gusto a la vez conceptuoso y chavacano, que predominaba aún desde el siglo anterior. De esta noble y bien encaminada resistencia nació la famosa Academia de Letras Humanas, poesía económica y refinada, que tuvo la ventaja en los asuntos y selección del lenguaje, aunque cayó en la manera y en el formulismo vacío de que no se libraron ni aún los que de ellos tenían condiciones poéticas más nativas y sinceras, Arjona y Lista, por ejemplo».

En sus miembros dejó esta Academia tal recuerdo que Alberto Lista escribía en 1832. «Muchos años y revoluciones han pasado desde aquella época, pero en cualesquiera parte donde aún existan individuos de la Academia de Letras Humanas saben que son amigos y sin necesidad de juramentos ni de ceremonias misteriosas cuentan con un vínculo que solo rompiera la muerte».

Arjona fundó en el colegio mayor de Sta. María de Jesús una Aca-



demia de Historia Eclesiástica. Joaquín M.<sup>a</sup> Sotelo, cursante de Teología y jurisconsulto distinguido decía a Martín Fernández Navarrete en una carta: Arjona y yo no hacemos en el día más que revolver Concilios y Padres, para fomentar una Academia de Historia Eclesiástica, que hemos establecido en el colegio y que creemos florecerá a pesar de los increíbles esfuerzos que ha hecho para impedirlo el sabio claustrero de esta Universidad literaria. Ambos hemos abandonado las musas».

Este abandono duró poco y la Academia lo mismo.

Los trabajos en Historia eclesiástica y derecho canónico no embotaron sus facultades poéticas, pero dieron a sus versos cierto carácter sentencioso.

Tales eran los antecedentes de Arjona al ser elegido Presidente de la nueva Academia de Córdoba. Después de esta fundación como su distracción era el estudio y la asistencia a las sociedades económicas y literarias, en su casa solía tener academia de varias ciencias y cuando a fines del 18 pasó Arjona a Madrid le vemos actuar en otras academias como la de Historia.

En Enero de 1819 leyó en la Academia Latina un discurso en latín.

**Arjona sacerdote.** Comenzó a ser académico en sus tiempos escolares y prosiguiendo sus estudios con ventaja se ordenó de presbítero. Ya entonces era doctor en ambos derechos civil y canónico y en teología. Además era reputado escriturario.

A los 26 años alcanzó por oposición el puesto de doctoral de la Real Capilla de San Fernando en la Catedral de Sevilla. Nueve años después, el 1796 el mallorquín D. Antonio Despuig y Dameto, arzobispo de Valencia, fué promovido para regir la metropolitana de Sevilla. Arjona con este motivo le dedica una oda en la que describe a grandes rasgos las glorias de la iglesia hispalense. Esto le valió el aprecio del Prelado que no había de estar mucho tiempo mandando la archidiócesis.

El privado de los reyes francamente jansenista, realizaba una labor anticatólica e introdujo en nuestra nación las teorías de aquel educador y teólogo suizo, que se llamó Pestalozzi quizás por algo de lo que este viera en Rousseau. Fundó un instituto pestalozziano y puso al frente de él a dos eclesiásticos, al abate Alea y al sevillano Withe. Buen par de apóstoles para formar la juventud!

Como este y otros procederes no podían pasarse en silencio, Despuig y el obispo de Avila Muzquiz, le combatieron.

Bonaparte interceptó en Génova carta del Nuncio al arzobispo Despuig, sobre aquella unión de prelados contra el jansenista político y para congraciarse con Godoy, las puso en sus manos valiéndose del embajador francés en Madrid. ¡Siempre Francia mezclándose con mala fe en nuestros asuntos!

Las consecuencias de ello fueron «el ser desterrados el Cardenal Lorenzana, Despuig y Muzquiz con el irrisorio pretexto de que fueran a consolar a Pio VII.

Despuig designa a Arjona para que le acompañe en su viaje y estancia en la Ciudad Eterna. El arzobispo alcanza del Pontífice el mayor afecto por defender la sana doctrina en aquella época de persecuciones a la Iglesia y recibe la investidura de la púrpura cardenalicia.

Arjona aprovecha su tiempo. Es un hispano que ama a Roma, la visita, admira sus tesoros artísticos incalculables, estudia sus monumentos de todos los tiempos y pasa las horas en sus bibliotecas que encierran tanta ciencia teológica y pagana. El Papa premia la solicitud con su Prelado y le nombra capellán secreto supernumerario.

Arjona regresa a España en 1798. Despuig renuncia a la sede sevillana, interviene en la elección de Pio VII con quien es detenido en 1809 por Bonaparte. Arjona no ha perdido su contacto con él en el 99 y le escribe con afecto y respeto. El continúa en Sevilla hasta que oposita a la Penitenciaría de Córdoba, vacante por haber sido promovido su poseedor D. José Antonio Garnica a la Sede episcopal de Osma.

En los ejercicios de oposición ocurrieron circunstancias no comunes que detallaremos. El 3 de Septiembre de 1801 cumplía el plazo fijado en el edicto para presentarse y en esa fecha solo había dos opositores: D. Manuel Espejo Piñar, vicario general y medio racionero de la Catedral y D. Pedro José Lucete. El Cabildo acordó prorrogar el plazo de admisión de instancias hasta fin de mes y no solicitar de la Nunciatura prórroga de un semestre.

El 14 de Octubre había dos nuevos opositores, D. José Ceballos Carreras, párroco del Sagrario y D. Antonio Naranjo, diácono. En este intermedio falleció un canónigo y el obispo D. Agustín Ayestarán proveyó su vacante en el Sr. Espejo, quien desistió de opositar.

El 22 de Octubre lo solicitan D. Blas Timoteo Chiclana, magistral de Guadix y D. Juan Antonio Jiménez, canónigo del Sacromonte de Granada.

Pasado con creces el plazo de la convocatoria el 23 de Octubre

tomó punto D. Antonio Naranjo. Ya en plenos ejercicios se presentó el prebendado de la Catedral D. Juan Claris Lesaca y ocho días después recibió el Cabildo carta del Nuncio recomendándolo.

El 31 D. Juan Calvo Vida, doctoral de la Real Colegiata de San Hipólito, el que como el Sr. Naranjo opositó en Abril a nuestra magistral, presentó su solicitud. El 7 de Noviembre hizo lo mismo Don Francisco Negrete, catedrático del Seminario de San Pelagio.

Fué el 8 de Noviembre cuando D. Manuel Maria de Arjona y de Cubas, colegial del mayor de Jesús y María, Universidad de Sevilla, doctoral de la Real Capilla del Salvador de Sevilla, pidió su intervención en estas oposiciones y el día 13 estudió en la Capilla de San Clemente públicamente el pleito seguido en esta curia el año 1715 sobre el derecho a una capellanía fundada por Antón Rodríguez Alburquerque.

El día 15 de Noviembre se presentó el último opositor D. Vicente Ramos García, beneficiado de Valencia.

Llamaron la atención del Cabildo las anomalías anotadas por las que no se pudo formar trincas en la forma debida ni efectuar los ejercicios con uniformidad y se estudió el medio de que no se pudieran poner reparos en las oposiciones a canongías de oficio.

Es costumbre en nuestros días que para la disertación se tomen puntos con piques en el libro del Maestro de Las Sentencias. En aquellos tiempos se usaba también el decreto de Graciano Corpus juris canonici y Arjona eligió en él la causa II.<sup>a</sup>, cuestión 3 del capítulo 21 Audi apostolum dicentem. Le arguyeron los doctores Ramos... (el otro nombre no consta en el acta original).

Aprobados los opositores con la nota de némine discrepante, el 25 de Noviembre se verificó la elección después de la Misa del Espíritu Santo.

No asistió el Obispo, que dió poderes para que presidiera y votara en su nombre al racionero D. Ramón Riera, quien después de prestar juramento votó y tras él 16 canónigos. Obtuvo 10 votos Arjona, 4 Blas Timoteo Chiclana y 3 Claris.

El maestro Muñoz Capilla, sabio agustino y miembro que fué de esta Academia, en una carta que se ha conservado hasta nuestros días en el archivo del Marqués de la Fuensanta del Valle, dijo que Arjona triunfó por su saber de los contrarios, muchos de los que eran jansenistas. Esta plaga de sectarios debió tener bastantes adeptos y hasta los hubo en el Seminario Conciliar de San Pelagio, donde

hemos visto un cuadro grande, ya desaparecido, que representaba un Crucifijo jansenista.

Concluyendo lo relativo a la oposición de la Penitenciaría diremos que el Viernes 4 de Diciembre se leyó la relación del memorial de genealogía, el 16 se hicieron las pruebas de limpieza de sangre y el presbítero D. Antonio Muñoz tomó posesión de la Penitenciaría en nombre del señor Arjona.

En 18 de Octubre de 1802, a petición del Cabildo presentó un informe muy razonado, como todos los suyos, que ocupaba cinco folios vueltos. Versaba sobre la supresión de las capas pluviales en los días de oficio.

En los primeros años demostró cómo cuidaba del prestigio del Cabildo, caso del pertiguero, y cómo de su dignidad y autoridad sin menoscabo, caso del Provisor.

Cuando llegó a Córdoba el intruso José Napoleón, el Cabildo nombró a cuatro de sus miembros, uno de ellos Arjona, para las visitas protocolarias.

El 16 de Agosto de 1813, el Prelado D. Pedro Antonio Trevilla, que había tenido cinco años clausurado el Seminario de San Pelagio porque su local lo destinaron los franceses a parque de artillería, pensó que el nuevo curso podría dedicarlo al fin para que se creó, solicitó del Cabildo informe sobre el plan de estudios, y cupo al Magistral Sr. Marco y al Penitenciario Sr. Arjona emitirlo. Fué aprobado en 23 de Septiembre y en el que se atribuye por entero a Arjona, se aplaude el plan existente, que en tan poco tiempo era difícil variarlo, se recomienda se cursen cánones y se elogia algún texto como el Billuart, que volvió a ponerse en vigor para teología dogmática a fines del siglo XIX.

No está demás que digamos que el Seminario no ha tenido varios años de clausura más que en esa fecha y el año 1936. Esta última vez al reanudar sus tareas se ha encargado de su régimen espiritual y escolar la benemérita orden que dió bastantes años al Seminario sus primeros Catedráticos.

**Poeta sagrado.** Ya dijimos que Arjona fué toda su vida académico por afección. Ahora debemos decir que a su tiempo fué ungido sacerdote, y alguien, que no comprendió que son los órdenes sagrados, ha escrito: «Abrazó el sacerdocio y se consagró a la poesía sagrada». Este entimema que es falso en sí, en Arjona no encierra un átomo de verdad.

Las colecciones más completas que conocemos de Arjona son la

que publicó Quintana en su Parnaso español y el Marqués de Valmar en su admirable colección de líricos castellanos. Leopoldo Cueto dice que para que fuese más completa su obra acudió a la familia. Quintana se valió de apuntes que le facilitó Reinoso, amigo íntimo del poeta.

Según Cueto, las poesías de Arjona fueron 86 y algunas más que no había encontrado. De ellas son 20 odas, 3 sátiras, 2 elegías, 2 epístolas, 31 cantinelas, 2 romances y 26 composiciones varias. Las que escribiera en Madrid en 1808 no se sabe donde fueron a parar.

Pues bien, de estas 86 solo pueden calificarse de sagradas las que figuran a continuación. Mística no es ninguna. La llamada «fantasía mística» es algo inestable, escrita pensando, no sintiendo. Sus versos finales son hermosos:

Mortales esperanzas; no desmaye  
el vencido, de nuevo al combate torne.  
Todo lo que no es él, es ¡Dios mío!  
ni es vencido el que cae si te invoca.

Una lección de Teología es la cantinela a Jesús en 41 estrofas fáciles, sentidas y tiernas. «A Jesús en el sepulcro» tiene un himno.

A la Ascensión del Señor dedicó una oda y en ella al narrar la gloriosa subida a los cielos de Jesucristo, acto que corona la vida del Dios Hombre en la tierra, la pinta como el castigo más espantoso del pueblo hebreo. Esta poesía, oda breve más conforme con el nequid nemis de Horacio que las kilométricas usuales en aquellos tiempos, fué objeto de una memoria presentada a la Academia por su autor para parangonarla con la que nuestro primer lírico consagró al mismo tema. Arjona, en su memoria, pondera a Fray Luis de León y analiza menudamente las bellezas de la oda del gran poeta horaciano, en la que nota al mismo tiempo algunas pequeñas incorrecciones. Hace ver de cuán diferentes maneras se puede considerar cualquier asunto y para ello contrapone a la dulce oda del poeta salmantino la suya.

Cuatro poesías de Arjona son marianas: un himno a la Virgen sencillo fácil y fluido. Un crítico dice del autor: «El sacerdote D. Manuel M.<sup>a</sup> de Arjona, gran traductor y excelente imitador de Horacio, nos dejó sus odas a la Inmaculada Concepción y a la Natividad de Nuestra Señora, que acusan desde luego un caudal de sentimiento religioso sincero y arraigado, exento de convencionalismos y rutinas. El poeta, en ellas, se manifiesta tal como es; pecador que reconoce su pecado, lo llora y lamenta, y en María pone su confianza

entera para no reincidir en él y para alcanzar misericordia. Sus acentos de ingenuidad y afecto, de remordimiento y esperanza, encuadran perfectamente dentro de la doctrina alentadora del cristianismo, que Arjona ensalza y enseña con arte, entusiasmo y discreción a la vez. No sabemos explicarnos por qué no son más conocidas esas joyas a la moderna literatura castellana».

La oda que dedica a la Purísima Concepción bien pudiera ser por una devoción originaria de su pueblo natal, donde había un templo de monjas dedicado a la Inmaculada o bien porque la Universidad en él existente donde cursó los primeros años de Facultad tenía esta advocación en memoria de la madre del fundador o porque escribieron también al mismo misterio odas muy estimables por cierto sus amigos Felix José Reinoso, Alberto Lista, una larguísima, y el sacerdote, renegado después, Blanco, otra elegante y felizmente acabada. En la oda a la Natividad se lee:

Por su Reina te aclaman  
formándote diadema las estrellas  
y de su luz se inflaman  
despidiendo de amor blandas centellas;  
raudales de contento  
inundan el lumbroso firmamento.

Además de estas poesías escribió un himno sacro a San Miguel, que parece fué para cantarlo en una fiesta al Arcángel; otra dedicada al apóstol Santiago; una simbólica titulada «Hortelana», que tiene tres partes, otro himno dedicado a la Virgen, del cual son estos versos, que nos recuerdan el Memorare del doctor Melifluo.

Son ¡ay! mis pecados  
más que las arenas  
que el mar extendido  
bate en sus riberas.  
Mas cuando en los siglos  
se oyó que perezca  
quién te implora ¡oh Virgen!  
por su medianera.

Todas las citadas son notabilísimas. Hay en ellas legítima inspiración, majestad en el tono, alteza en el pensamiento y dicción escogida y elegante.

No son propiamente religiosas la citada que dedicó al arzobispo Despuig; ni a la muerte de San Fernando, de sabor horaciano, ni la que titula «La fortuna justa» juego dramático simbólico por la elec-

ción de D. Diego Navarro Martín de Villodres, canónigo de Córdoba para el obispado de la Concepción de Chile, en cuya poesía figuran los nombres de los principales ríos chilenos.

PURPUREUS LATE QUI SPLENDEAT, UNUS ET ALTER  
ASSUITUR PANNUS

Bien quisiera yo que por torpeza mía lo que ahora escribo fuese una equivocada interpretación y no una volición perfecta de un escritor sabio y por su cargo moralista competente. Puede ser que mi intelecto haya visto torcido lo que es para otros de claridad meridiana y ya que no he encontrado este pasaje por ningún comentador señalado me duele recordar al hacerlo este verso que escribió Horacio, el *purpureus* que aquí indica algo muy distante a lo que escribiera el traductor eminente Fray Luis de León. El escritor salmantino decía:

Virtud, hija del cielo  
la más ilustre empresa de la vida...

Arjona, en su epístola a Silvio, escribe:

¿Qué es la virtud? Desde mis tiernos años  
yo su efigie busqué, más siempre en balde;  
en fin aunque sin verla, ya me atrevo  
a retratarla. Pálida la frente,  
cárdenas las mejillas, sus oídos  
el eco del placer jamás admiten  
y en gemidos y en quejas se complacen.  
Sus ojos pavorosos se deleitan  
en la sangre vertida, en los destrozos  
de miserables ciudades, de su boca  
solo salen oráculos terribles  
de muertes y de horrores, que su mano  
confirma furibunda, revolviendo  
la fulminante espada; su vestido  
es voraz fuego, y el mortal que llega  
por desgracia a mirarla, devorado  
de súbitas fatigas, allí mismo,  
muere entre horror y míseros lamentos.

Yo no la he visto, es cierto, más el odio  
con que en el mundo todo es detestada  
cual hidrófobo can, me ha persuadido  
que es tan deforme tu adorada diosa,



si no lo es más, pues de su voz se espantan  
 y aun de su nombre los mortales tiemblan.  
 Y ¿quién tal vez la adora? Algún cuitado  
 que en dura esclavitud la vida acaba,  
 bendiciendo a su numen que lo oprime;  
 mas los que llegan al sublime asiento  
 son más sabios y lejos de adorarla,  
 jamás entrada a tan perverso monstruo  
 en sus palacios, ni en sus cortes dejan.

Antes de esto había escrito:

De virtud las inútiles fatigas

y añadió

hubo virtudes  
 cuando los bárbaros fueron nuestros padres.

¿Qué es la virtud? ¿La que debemos sentir ahora? ¿La que añoran  
 del Lacio los antiguos? ¿Virtud moral? ¿Virtud Teológica? ¿Etimoló-  
 gica? Cualquiera que sea esta, es para que se escriba como la elegía  
 a Nise.

No siempre la virtud delito sea  
 para vivir feliz. Si es que en el cielo  
 jamás piedad hallaron los amantes?

o aquello cuando afirma

será dichoso el hombre cuando llegue  
 del todo a no pensar...

ni el consejo

Sigue a Venus, mi Silvio, y no receles  
 de funesto revés...

Es triste cosa que hablando de la virtud así se exprese; aunque  
 en una ocasión, ocasión laudable, recuerde al Fray Luis de León que  
 imitó tantas veces:

Que tu virtud divina  
 los siglos sola vences  
 y sola, hija del cielo,  
 su eternidad concedes.

Este sentir es siempre la verdad y el que debe seguir nuestro poe-  
 ta mejor que aquellos versos del excéptico Bartrina.

Sé que el rubor que enciende las facciones  
 es sangre arterial,  
 que las lágrimas son las secreciones  
 del saco lagrimal,



que la virtud que al bien al hombre inclina  
y el vicio solo son  
partículas de albúmina y fibrina  
en corta proporción.

**Doctrinarismos.** Me resultaba inexplicable que Arjona hubiera así escrito de la virtud y buscando una explicación a lo inexplicable, la encontré en los siguientes párrafos de nuestro admirado Menéndez y Pelayo: «De los personajes de la escuela sevillana que no llegaron a heterodoxos fué carácter común el doctrinarismo político elástico acomodaticio y atento solo a la propia conveniencia. Casi todos se afrancesaron, unos por afición, otros por miedo. Uno de ellos fué D. Manuel M.<sup>a</sup> de Arjona, penitenciario de Córdoba, que fué el más poeta de todos ellos, fundador en su patria de la Academia del Silé y uno de los 17 individuos de la de Letras Humanas».

Arjona no fué heterodoxo, pero tuvo el doctrinarismo a que alude Menéndez y Pelayo, por efecto del trato frecuente con los siguientes tertulianos de Quintana:

José Miguel, el abate Alea, pedagogo, traductor de obras francesas, ideólogo a lo Sicard, profesor de Marsella y hombre de tan poca religión que terminó sus días, arrojándose en Burdeos al Garona.

Juan B. Arriaza y Supervielle, vate cortesano, algo epicúreo.

José Blanco Crespo, orador sagrado de renombre, magistral de la capilla real de San Fernando, de Sevilla, opositor en la de Cádiz, capellán de la Junta Central, redactor del Semanario Pintoresco, defendió la independencia española pero la Junta ordenó lo hiciera con templanza y tomó aversión al gobierno, huyó a Cádiz temiendo a los franceses y de allí a Inglaterra, acompañado de la premisa y conclusiones por los cuales apostató. Se hizo anglicano, fué catedrático de Oxford y murió en Liverpool.

Antonio Capmany Suris y de Mont Palau, apellido que era de su tatarabuelo, fué en las Cortes de Cádiz organizador de la mayoría liberal izquierdista. Por cierto que disfrutó 55.000 reales por ocho sueldos y todo lo perdió en la invasión francesa, por lo que fué mendigando a Sevilla, cuyo espíritu levantó con sus arengas.

Nicasio Gallego, diputado a Cortes de las Constituyentes, confinado por sus espléndidas poesías y algo también por el recuerdo de sus chistes y agudezas, harto poco ejemplares y clericales.

José Marchena Ruiz y Cueto, más conocido por el abate Marchena, sin ser más que tonsurado y minorista. Temerario le llama Menéndez y Pelayo. Fué heterodoxo, volteriano afrancesado y girondino.

Insultó en París al propio Robespierre. A los 20 años hizo profesión de materialista e incrédulo y fué el escándalo en la Universidad. Acompañó a José Napoleón en su viaje a Córdoba. Llamó al intruso «delicias de España y sol benigno que venía a dorar de luces pias las márgenes del Betis».

Quintana, el gran poeta antifrancés, pero también anticristiano y sectario intolerante. Menéndez y Pelayo y Cejador, lo describen con acierto. El primero lo llama hombre sin Dios y sin noción de cosa divina. Tuvo la viril abnegación de ponerse al lado de los que defendían la España tradicional.

José Somoza Muñoz, poeta imitador de Fray Luis, volteriano, periodista, excéptico, impenitente y espiritista.

Eugenio Tapia, estudió Teología y Derecho, fué perseguido por la Inquisición por su liberalismo, redactor de «La Gaceta», magistrado, poeta satírico y dramaturgo.

No eran de esa tertulia pero sí amigos de Arjona: Alberto Lista, Felix José Reinoso y el abate Estalá.

Lista era canónigo de Sevilla, redactor de «La Gaceta», gran amigo de Blanco y Quintana. Su poesía a la muerte de Jesús es admirable; en política era liberal izquierdista, no muy heterodoxo.

Reinoso fué cura 10 años en Sevilla, redactor de «La Gaceta», Deán de Valencia, juez síndico de La Rota, presidente de la inspección general de imprenta, autor del «examen de los delitos de infidelidad a la Patria» que es, según Menéndez y Pelayo el mayor crimen literario, el libro más friamente inmoral y corrosivo, subvertidor de toda noción de justicia, ariete contra el derecho natural y escarnio sacrílego del sentimiento de justicia.

El abate Estalá exescolapio, luego rector del Seminario de Salamanca. Murió canónigo de Toledo. Gallardo lo cita en su diccionario crítico burlesco como afiliado a una logia de las que establecieron los franceses.

Con estas amistades no es extraño el doctrinarismo, máxime cuando eran tan pocos los amigos de Arjona en el campo contrario, v. g., Forner, amante del orden moral y político que combatió las destructoras doctrinas que venían de Francia.

**Arjona horaciano.** Horacio es el modelo lírico que más se presta a la imitación para los poetas neolatinos y españoles. 170 poetas castellanos han traducido o imitado al insigne autor del *Beatus ille*.

Arjona que era el más lírico de sus contemporáneos y el más horaciano de aquellos vates del ocaso del XVIII y alborar del XIX,

de vivir en nuestros días hubiera recordado la carta que a Horacio escribió un polígrafo enamorado del Venusino:

Yo también a este libro peregrino,  
arca santa del gusto y la belleza  
con respeto llegué, sublime Horacio,  
yo también en tus páginas bebía  
el vino añejo que remoja el alma.

Todo en tí lo encontré.....

la ática sal, las mieles del Himeto,  
el ditirambo que a los cielos toca,  
el Otium divos que la mente aquieta.

El Otium divos es la oda 16 del libro II y Arjona en su traducción deja el espíritu del modelo en el molde no bien trabajado de la estrofa castellana con gran maestría, en metro análogo y sin alterar el número de estrofas.

Ocio a los dioses en el ancho Egeo  
pide el piloto cuando negras nubes  
cubre la luna y las estrellas vibran  
luces dudosas.

Esta traducción es primorosa y clásica de veras. Es preciosa otra que hizo de la sátira qui fit Maecenas, contra los avarientos. Menéndez y Pelayo dice de Arjona, hablando de otras composiciones en las que solo hay el espíritu de Horacio: «La diosa del bosque, La gratitud», «La oda a la memoria», son tres joyas clásicas, en especial la primera y la última. Brillantes y ligeras son las estrofas de la memoria:

Hija del cielo, bella Mnemosina  
que de Jove fecunda  
diste la vida a Clio en la colina  
que eterna fuente inunda.

La gratitud tiene bellos rasgos de estilo y morbidez grande de versificación.

Amor es alma de que el orbe vive,  
autor celeste del ardor fecundo  
en que las auras de su ser recibe  
placido el mundo.

La diosa del bosque supera a esas dos. Hermosilla la califica de *magnífica y sin el menor descuido en el estilo ni en la versificación*.

Es además notable por lo gracioso del artificio métrico inventado por el autor y no seguido por nadie.

Oh! si bajo estos árboles frondosos  
se mostrase la célica hermosura  
que vi algún día en inmortal dulzura  
este bosque bañar.

. . . . .

Deja, pues, diosa, que mi grato incienso  
arda sobre tu altar.

Esta deidad invocada por el poeta es el símbolo de serenidad y armonía clásicas...

Imagen perfectísima del orden  
que liga en lazos fáciles al mundo...

Otras dos horacianas hay en la colección de Arjona, citaré la que comienza:

Arbitro excelso a cuya voz el mundo  
nacer la serie de los siglos mira,  
la oda a San Fernando y en otro género «el himno a Afrodita»

También a tí en estos sitios  
elevaremos altares  
diosa de tierras y mares  
dulce madre del amor...

Odás morales tiene varias en metros cortos:

De nuestra frágil vida  
las glorias desaparecen,  
más tenues ¡Oh, Licin!  
que el vientecillo leve...

Más adelante hablaremos de otras odas morales, pero ampliando la opinión del maestro insigne aquí copiada, hemos de aducir unos escolios que el agustino Blanco García pone a este propósito: «Respecto a la forma que empleó en la diosa del bosque» elogiada por Quintana y Hermosilla, me atrevo a censurar los finales agudos, no porque lo sean, sino por la dureza del verso combinado con los tres endecasílabos que le preceden. Y sin embargo, esta oda, juntamente con la tan conocida «a la memoria» son lo más lindo y espontáneo que puede leerse en el repertorio del autor.

Arjona imitando a Horacio cultivó el género lírico, el didáctico, el satírico y el epistolar, pero éste es lo mejor del penitenciario. Arjona no paró mientes para traducirle en esa epístola, que es una preceptiva literaria por nadie superada y admirada por muchos.

A propósito de la epístola ad Pisones no conozco entre los poetas cordobeses ningún traductor o imitador de Quinto Horacio. Por el

año que publicó un libro *ad usum scholarum* el catedrático de este Instituto, D. Victoriano Rivera, este hizo el número 169 de los castellanos que como Fray Luis siguieron los pasos del eminente lírico. Por el texto latino de la famosa epístola con notas, la reproducción del original puesto en orden gramatical y su traducción en prosa *ad pedem literae* —70 páginas en total— se concedió, como a otros políticos, que se pusiera el nombre del catedrático a una calle del centro de la capital. A pesar de los años transcurridos ese nombre no ha tenido asentimiento de nuestro público. Nadie se había acordado en cambio de Arjona. Ha hecho falta que un académico, amante de Córdoba y sus grandezas y gran conocedor de ellas, pueda entender en esos menesteres para que el nombre de Arjona no yazga en el olvido y hoy lo tenga una calle de tercer orden. Bien está ese olvido para otros nombres que el compadrazgo o el consistorio ha dado y desconoce la opinión pública.

**Arjona satírico.** El discípulo recordó los rasgos de su maestro y cierto día llegó a sus manos un titulado poema que cantaba una riada sufrida en Sevilla. Arjona escribió entonces un soneto que tituló «a un mal poeta» y terminaba así:

Que Jove a Febo así lo ha prometido  
porque no se publique otra riada.

Entre sus sátiras figura una dedicada a Forner contra los malos poetas. Consta de 83 tercetos. El mismo asunto y al mismo escritor dedica su epístola a Norferio.

Vivió por aquellos días Joaquín Lorenzo Villanueva, conocido jansenista, que escribió «El catecismo del Estado, según los principios de la religión». De él dijo Arjona que frisaba en enciclopedista. Se mofó de la afectada severidad de Villanueva con este zonzo epigrama.

Toda España de tí siente  
ser tu piedad tan sublime  
que es cuanto por tí se imprime  
catecismo solamente.  
De tus obras afirmé  
que eran catecismo puro;  
lo confirmo, aunque seguro  
que hay mucho que no es de fe.

Dos epigramas más dedicó al tal Catecismo y otro a un médico. Menos conocidos son estos versos que el catedrático de hebreo

de la Universidad Central D. Antonio M.<sup>a</sup> García Blanco, paisano de Arjona, aprendió de labios de éste.

Quid sit Roma petit? Cunctarum illusio rerum  
 Roma caput mundi; fraudis et ipsa caput  
 Presbyteri indocti sunt absque honore puellae  
 Femina plena dolo; vir sine lege tori,  
 Venditur hic fumus, venduntur dogmata Christi,  
 Venditur hic pietas, venditur omne nefas  
 Haec est verissima romanae gentis imago,  
 Urbs sine lege hominum, urbs sine lege Dei.

No se puede decir más en ocho versos contra una ciudad y sus habitantes, que no cumplen la ley de los hombres, ni observan la de Dios.

**Las ruinas de Roma.** Más que las basílicas y catacumbas visitó Arjona durante su larga estancia en Roma con Despuig, el Foro y las Ruinas, no olvidando por ello las tres iglesias españolas, ni las bibliotecas en las que se dedicó al estudio de los poetas antiguos y neoclásicos de aquella región.

Entonces escribió su mejor obra «Las ruinas de Roma» que guardó largos años como indica que debe hacerse el preceptista latino y publicó en Madrid y luego en Londres. Es un poema excesivamente didáctico, artificioso y erudito, pero casi libre de las afectaciones herrerianas y rico en primores de buena ley. Lleva como subtítulo el verso 1.º de la oda XVI de Horacio *Ipsa Roma viribus ruit* y en opinión de la Revista de Ciencias, Literatura y Arte de Sevilla—1857—es por su importancia y mérito artístico lo más notable de Arjona. Está salpicada de notas del autor aludiendo a pasajes de Tito Livio, Plutarco, Fioro, Cincinato... y hasta de Cicerón.

No creemos, como alguno ha supuesto, que «Las ruinas de Roma», del inglés Dyer, tengan nada que ver con esta obra, sino el título y el objeto.

(Continuará).